

Afrontar las consecuencias

“LLEGÓ A PENSAR que la botanica se destruyese por algo que no se puede soportar, que el día se es más hombre si se transige y se busca la mejor solución posible. A lo mejor ‘enfrentar las consecuencias’ significa complementarse llamándose y enseñar las heridas, aunque un invisible como de colores con sus normas no escritas opite de otra manera”. (Sándor Márai)

QUELLO QUE NOS DUELE nos marca la vida, nos obsesiona, se escaña en cada rincón de nuestra conciencia y de nuestro cuerpo. Cuando estamos heridos, vemos todo a través de esa grieta y a veces caemos por ella en agujeros de óvulas la luz. En el camino, el dolor va dejando marcas y esas se vuelven parte de nosotros, de nuestra singularidad. Nos pertenecen.

PERO LAS HERIDAS no sólo nos seditionan, sino que, tal y como ya sabemos, también nos igualan. Nuestra vulnerabilidad nos recuerda que somos como el resto de los seres humanos. Todos en algún momento de nuestra vida sufrimos. Sufrir, entre otras experiencias, nos permite entender al otro. Es difícil acercarse a aquellas personas que aparentan o presumen vivir sin fracturas, que todo creen cubierto, dominado, que jamás duelen ni caen, que parecen siempre levitar a unos cuantos centímetros por sobre el nivel de la tierra donde todos vivimos. Pero además de ser invencibles, estas personas parecen desconectadas. Porque sabemos que están mintiendo. Así callados o a nosotros.

¿Entonces por qué, conociendo todas estas cosas, nos es tan difícil enseñar nuestras heridas?

Y HABLO DE NOSOTROS, hombres y mujeres, porque cuando a mediados del siglo pasado Sándor Márai escribió *Divorcio en Budapest* la



RECARLA CHITENDI
Herida, marca de la vida: sentir dolor y el resaca del alma.

“Es difícil acercarse a aquellas personas que aparentan o presumen vivir sin fracturas, que todo creen cubierto, dominado, que jamás duelen ni caen”.

viviera en donde lo extraño el párrafo que da inicio a este texto — el hombre a quien Márai le había sido un patrimonio más masculino que femenino. Hoy en cambio, cuando años después, parece ser que también las mujeres creemos que mostramos al mundo invulnerables.

ESE INVISIBLE CORRO de colores con sus normas no escritas que mencionó Márai, en lugar de debilitarse, con el tiempo se ha hecho más fuerte. Tal como es la sociedad, el hombre tiene que encerrarse bajo cuatro paredes cuando nos ataca la prisa. Porque de salir, corremos el riesgo de ser víctimas de nuevos virus, de depresivos, de histéricos, todos aquellos términos frías que nos damos a destajo para señalar a quienquiera que no anda por la vida como enseñan las normas no escritas con los hábitos bien ocultos y una sonrisa en los labios. El costo de la impotencia involuntaria es, además, tener que conformarnos con relaciones superficiales.

Y LO MÁS IMPRESIONANTE, es que eso “costo de ser vivos”, a quienes siempre le echamos la culpa de nuestras frustraciones, somos nosotros mismos. Nos jugamos con nuestra, por miedo. Le tememos al dolor al otro porque nos acerca al nuestro, que es el mismo. Hacemos intencionalmente por ocultarlo y no queremos que nadie nos lo recuerde. Y en ese mundo vivimos atrapados, rodeados en nuestras corrientes latas, con la conciencia que, para así poder en silencio oír un per de ligeros ruidos, cuando ya cansados de sostener la mentira, algo dentro nos dice que ha llegado el momento de huir. Trabaja reconocer que a veces estamos demasiado cansados, enseñar las heridas no sólo hace a los hombres más humanos, sino también a las mujeres y a los hombres más humanos. ■

FECHA DE PUBLICACIÓN

2006

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Afrontar las consecuencias [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile